

LA SIMIENTE DE LA MUJER Y LA SIMIENTE DE LA SERPIENTE

Sermón No. 1

Traducción: estudialapalabra.org

***“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya;
esta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.***
Génesis 3:15

Al leeros estas palabras, podré dirigiros en el lenguaje de los santos ángeles a los pastores, que velaban sus rebaños de noche: “He aquí, os traigo buenas nuevas de gran gozo”. Porque esta es la primera promesa que se hizo de un Salvador a la raza apóstata de Adán. Generalmente buscamos a Cristo solo en el Nuevo Testamento; pero el cristianismo, en cierto sentido, es casi tan antiguo como la creación. Es maravilloso observar cómo Dios gradualmente reveló a su Hijo a la humanidad. Comenzó con la promesa en el texto, y sobre esto vivieron los elegidos, hasta el tiempo de Abraham. A él, Dios le hizo nuevos descubrimientos de su eterno consejo acerca de la redención del hombre. Después, en diversas ocasiones y de diversas maneras, Dios habló a los padres por medio de los profetas, hasta que finalmente el mismo Señor Jesús se manifestó en carne, y vino y habitó entre nosotros.

Esta primera promesa ciertamente debe ser oscura para nuestros primeros padres, en comparación con esa gran luz que nosotros disfrutamos: y, sin embargo, aunque era oscura, podemos asegurarnos que construyeron sobre ella sus esperanzas de salvación eterna, y por esa fe fueron salvados. Cómo llegaron a tener necesidad de esta promesa, y cuál es su alcance y significado, tengo la intención, si Dios quiere, de que sea el tema de su presente meditación.

La caída del hombre está escrita en caracteres demasiado legibles para no ser entendida: Los que la niegan, al negarla, la prueban. Los mismos paganos lo confesaron y lo lamentaron: podían ver las corrientes de corrupción corriendo a través de toda la raza de la humanidad, pero no podían rastrearlas hasta el manantial. Antes de que Dios revelara a su Hijo, el hombre era un enigma para sí mismo. Y Moisés revela más, en este capítulo (del cual se toma el texto) de lo que toda la humanidad podría haber sido capaz de descubrir por sí misma, aunque hubiera estudiado durante toda la eternidad.

En el capítulo anterior nos había dado un relato completo de cómo Dios habló para que existiera el mundo; y especialmente cómo formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en él el aliento de vida, de modo que llegó a ser un alma viviente.

Se convocó un concilio de la Trinidad para la formación de esta hermosa criatura. El resultado de ese consejo fue: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó". Moisés repite notablemente estas palabras, para que podamos prestar particular atención a nuestro origen divino. Nunca se expresó tanto en tan pocas palabras: Nadie sino un hombre inspirado podría haberlo hecho, pero es notable que, aunque Moisés menciona que somos hechos a la imagen de Dios, lo menciona solo dos veces, y eso de manera transitoria; como si hubiera dicho, "el hombre fue hecho en honra, Dios lo hizo recto, "a imagen de Dios, varón y hembra los creó", pero el hombre cayó tan pronto y se volvió como las bestias que perecen, más aún, como el mismo diablo, que apenas vale la pena mencionarlo.

No se nos dice cuándo cayó el hombre después de haber sido creado; y, por tanto, fijar cualquier tiempo, es ser sabio por encima de lo que está escrito. Y creo que los que suponen que el hombre cayó el mismo día en que fue creado, no tienen suficiente fundamento para su opinión. Las muchas cosas que se juntan en el capítulo anterior, tales como la formación de la esposa de Adán, el dar nombres a las bestias y el ser puesto en el jardín que Dios había plantado, creo que requieren un espacio de tiempo más largo que un día para ser efectuado. Sin embargo, todos están de acuerdo en esto, "el hombre no permaneció por mucho tiempo". ¿Cuánto tiempo o qué tan corto? un tiempo, no me encargaré de determinar. Nos interesa más preguntar cómo llegó a caer de su firmeza, y cuál fue el aumento y el progreso de la tentación que prevaleció sobre él. El relato que se nos da en este capítulo al respecto es muy completo; y nos puede hacer mucho servicio, bajo la dirección de Dios, hacer algunos comentarios al respecto.

"Y la serpiente (dice el historiador sagrado) era más astuta que cualquier bestia del campo que el Señor Dios había hecho, y dijo a la mujer: Sí, ¿ha dicho Dios que no comeréis de todos los árboles del jardín?" Aunque esta era una serpiente real, sin embargo, el que habló no era otro que el diablo; de ahí, quizás, llamada la serpiente antigua, porque tomó posesión de la serpiente cuando vino a engañar a nuestros primeros padres. El diablo envidió la felicidad del hombre, que fue hecho, como algunos piensan, para suplir el lugar de los ángeles caídos. Dios hizo al hombre recto, y con pleno poder para estar en pie si quisiera: Él fue justo, por lo tanto, en dejarlo ser tentado. Si se caía, no tenía a nadie a quien culpar excepto a sí mismo.

Pero, ¿cómo debe Satanás efectuar su caída? No puede hacerlo por su poder, lo intenta por lo tanto con estrategia: toma posesión de una serpiente, que era más astuta que todas las bestias del campo, que el Señor Dios había hecho; de modo que los hombres que están llenos de sutileza, pero no tienen piedad, son solo máquinas para que el diablo trabaje sobre ellos, tal como le plazca.

“Y él le dijo a la mujer”. He aquí un ejemplo de su sutileza. Él dice a la mujer, el vaso más frágil, y cuando estaba sola de su marido, y por lo tanto estaba más expuesta a ser vencida; “Sí, ¿ha dicho Dios que no comeréis de todo árbol del jardín?” Estas palabras ciertamente son pronunciadas en respuesta a algo que el diablo vio o escuchó. Con toda probabilidad, la mujer estaba ahora cerca del árbol del conocimiento del bien y del mal; (porque la encontraremos, poco a poco, arrancando una manzana de él) tal vez ella podría estar mirando, y preguntándose qué árbol había en ese árbol más que los demás, que ella y su esposo deberían tener prohibido tomar de él. Viendo esto Satanás, y codiciando atraerla a discutir con él (porque si el diablo puede persuadirnos a no resistir, sino a tener comunión con él, ha ganado un gran punto), dice: “Sí, Dios ha dicho: ¿No comeréis de todos los árboles del jardín?” Lo primero que hace es persuadirlo, si es posible para que tenga pensamientos duros sobre Dios; esta es su forma general de tratar con los hijos de Dios: “Sí, ¿ha dicho Dios que no comeréis de todo árbol del jardín? ¡Qué! ¿Ha plantado Dios un jardín y os ha puesto en medio de él, sólo para provocaros y dejaros perplejos? ¿Ha plantado un jardín y, sin embargo, os prohíbe hacer uso de ninguno de sus frutos? Era imposible para él hacer una pregunta más engañosa, con el fin de lograr su fin: porque Eva aparentemente estaba aquí obligada a responder y vindicar la bondad de Dios.

Y, por lo tanto,

Versículos 2 y 3. La mujer dijo a la serpiente: “Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis”.

La primera parte de la respuesta fue buena: “Podemos comer del fruto de los árboles del jardín, Dios no nos ha prohibido comer de todos los árboles del jardín. No; podemos comer del fruto de los árboles en el jardín (y, al parecer, incluso del árbol de la vida, que era como un sacramento para el hombre en el estado de inocencia) hay un solo árbol en medio del jardín, del cual ha dicho Dios: “No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis.” Aquí ella comienza a deformarse, y el pecado comienza a concebir su corazón. Ella ya ha contraído algo del veneno de la serpiente al hablar con él, lo que no debería haber hecho en absoluto. Porque fácilmente podría suponer que no sería bueno que pudiera hacerle tal pregunta e insinuar pensamientos tan deshonorosos acerca de Dios. Por lo tanto, debería haber huido de él, y no tolerar haber discutido con él en absoluto. Inmediatamente aparecen los efectos nocivos de la misma, ella comienza a suavizar la amenaza divina. Dios había dicho, “el día que de él comieres, ciertamente morirás”; o, muriendo, morirás, pero Eva dice: “No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis”.

Podemos estar seguros de que hemos caído y comenzamos a caer en las tentaciones, cuando comenzamos a pensar que Dios no será tan bueno como su palabra, con respecto a la ejecución de sus amenazas denunciadas contra el pecado.

Satanás sabía esto, y por lo tanto astutamente "Dijo a la mujer: (v. 4) De cierto no moriréis", de manera insinuante, "De cierto no moriréis. Seguro. Dios no será tan cruel como para condenarte solo por comer una manzana, no puede ser". ¡Pobre de mí! ¿A cuántos lleva cautivo Satanás a su voluntad, halagándolos para que no mueran; que los tormentos del infierno no serán eternos; que Dios es todo misericordia; que, por tanto, no castigará unos pocos años de pecado con una eternidad de miseria? Pero Eva encontró a Dios tan bueno como su palabra; y también todos los que continúan en el pecado, bajo una falsa esperanza de que no morirán.

También podemos entender las palabras dichas positivamente, y esto está de acuerdo con lo que sigue; Ciertamente no morirás; "Es todo un engaño, una mera pesadilla, mantenerte en una sujeción servil", porque (v. 5) "Dios sabe que el día que de él comáis, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal."

¿Qué hijo de Dios puede esperar escapar de la calumnia, cuando Dios mismo fue calumniado incluso en el paraíso? Seguramente el entendimiento de Eva debe haber sido, en alguna medida, cegado, o ella no habría permitido que el tentador hablara cosas tan perversas. ¡Con qué odiosos colores se representa aquí a Dios! "Sabe Dios que el día que comáis de él, seréis como dioses" (iguales a Dios). De modo que la gran tentación era que en lo sucesivo no estarían bajo ningún control, iguales, si no superiores, a Dios que los hizo, sabiendo el bien y el mal. Eva no pudo entender qué quiso decir Satanás con esto; pero, por cierto, ella entendía de algún gran privilegio del que iban a disfrutar, y así Satanás ahora señala un camino que parece derecho a los pecadores, pero no les dice que el final de ese camino está la muerte.

Para dar fuerza y vigor a esta tentación, con toda probabilidad, Satanás, o la serpiente, en este momento arrancó una manzana del árbol y se la comió delante de Eva; por lo cual Eva podría ser inducida a pensar, que la sagacidad y el poder del habla, que la serpiente tenía sobre las otras bestias, debe deberse, en gran medida, a que comió ese fruto; y, por lo tanto, si él recibió tanta mejoría, ella también podría esperar un beneficio similar de ello. Todo esto, creo, está claro; porque de otro modo no veo con qué propiedad se podría decir: "Cuando la mujer vio que era bueno para comer". ¿Cómo podría saber que era bueno para comer, a menos que hubiera visto a la serpiente alimentarse de él?

Satanás ahora comienza a ganar espacio en el suelo. La lujuria se había concebido en el corazón de Eva; en breve dará a luz el pecado. El pecado, siendo concebido, da a luz la muerte. Versículo 6: "Y viendo la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto, y comió, y dio también a su marido, y él comió."

Nuestros sentidos son los puertos de aterrizaje de nuestros enemigos espirituales. ¡Cuán necesaria es esa resolución del santo Job: "He hecho un pacto con mis ojos!" Cuando Eva comenzó a contemplar el fruto prohibido con sus ojos, pronto comenzó a anhelarlo con su corazón. Cuando vio que era bueno para comer, y agradable a los ojos (aquí estaban los deseos de la carne y los deseos de los ojos), pero, sobre todo, un árbol codiciado para hacerse sabia, más sabia que Dios. Que ella sea, mejor dicho, tan sabia como Dios mismo; entonces, tomó de su fruto, y dio también a su marido con ella, y él comió. Tan pronto como ella misma pecó, se volvió tentadora para su esposo. Es terrible, cuando aquellos que deberían ser ayuda mutua en la gran obra de su salvación, son sólo promotores de la condenación de los demás: pero así es. Si nosotros mismos somos buenos, incitaremos a otros a la bondad; si hacemos mal, induciremos a otros a hacer el mal también. Existe una estrecha relación entre hacer y enseñar. ¿Cuán necesario es entonces que todos nosotros tengamos cuidado de no pecar de ninguna manera, no sea que nos convirtamos en instrumentos para el diablo, y atrape, quizás, a nuestros parientes más cercanos y queridos? "Dio también a su marido que estaba con ella, y él comió".

¡Pobre de mí! ¡Qué complicación de crímenes había en este único acto de pecado! Aquí hay una total incredulidad de la amenaza de Dios; la mayor ingratitud a su Hacedor, que tan recientemente había plantado este jardín y los había colocado en él, con un designio tan glorioso y completo. Y, el mayor descuido de su posteridad, quienes sabían que iban a permanecer o caer con ellos. Aquí estaba el mayor orgullo del corazón: querían ser iguales a Dios. Aquí está el mayor desprecio puesto sobre su amenaza y su ley: el diablo es acreditado y obedecido ante él, y todo esto solo para satisfacer su apetito sensual. Nunca un crimen de naturaleza tan complicada fue cometido por nadie aquí abajo: Nada sino la apostasía y la rebelión del diablo podrían igualarlo.

¿Y cuáles son las consecuencias de su desobediencia? ¿Están sus ojos abiertos? Sí, sus ojos están abiertos; ¡pero Ay! Es sólo para ver su propia desnudez, porque se nos dice (v. 7) "Que los ojos de ambos fueron abiertos; y supieron que estaban desnudos." Desnudos de Dios, desnudos de todo lo que era santo y bueno, y desprovistos de la imagen divina, que antes disfrutaban. Con razón ahora podrían llamarse Icabod; porque la gloria del Señor se apartó de ellos. ¡Oh, cuán bajo cayeron entonces estos hijos de la mañana! Lejos de Dios, en su interior; de ser partícipes de la naturaleza divina, a la naturaleza del diablo y de la bestia. Bien, pues, que supieran que estaban desnudos, no sólo de cuerpo, sino también de alma.

¿Y cómo se comportan ahora que están desnudos? ¿Huyen a Dios en busca de perdón? ¿Buscan a Dios un manto para cubrir su desnudez? No, ahora estaban muertos para Dios, y se volvieron terrenales, sensuales, diabólicos: por lo tanto, en lugar de pedir misericordia a Dios, "cosieron o entretejieron hojas de higuera, y se hicieron delantales", o cosas para ceñir alrededor de ellos.

Esta es una viva representación de todo hombre natural: vemos que estamos desnudos: nosotros, en alguna medida, lo confesamos; pero, en lugar de mirar a Dios en busca de socorro, remendamos nuestra propia justicia (como nuestros primeros padres entretejían hojas de higuera) con la esperanza de cubrir nuestra desnudez con eso, pero nuestra justicia no resistirá la severidad del juicio de Dios: no nos servirá más de lo que las hojas de higuera hicieron a Adán y Eva, es decir, para nada en absoluto.

Porque (v. 8) "Oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba entre los árboles del huerto, al aire del día; y Adán y su mujer (a pesar de sus hojas de higuera) se escondieron de la presencia del Señor Dios, entre los árboles del jardín." Oyeron la voz del Señor Dios, o la Palabra del Señor Dios, sí, el Señor Jesucristo, quien es "la palabra que estaba con Dios, y la palabra que era Dios". Lo oyeron andar entre los árboles del jardín, al fresco del día. Una temporada, quizás, cuando Adán y Eva solían ir, de manera especial, y ofrecer un sacrificio vespertino de alabanza y acción de gracias. El fresco del día. Quizás el pecado fue cometido temprano en la mañana, o al mediodía; pero Dios no quiso venir sobre ellos inmediatamente, se detuvo hasta el fresco del día. Y si fuéramos a reprender eficazmente a los demás, no deberíamos hacerlo cuando están henchidos de pasión, sino esperar hasta el fresco del día.

¡Pero qué alteración hay aquí! En lugar de regocijarse con la voz de su amado, en lugar de recibirlo con los brazos abiertos y el corazón ensanchado, como antes, ahora se esconden en los árboles del jardín. Por desgracia, ¿qué intento tan necio fue este? Seguramente deben estar desnudos, de lo contrario, ¿cómo podrían pensar en esconderse de Dios? ¿A dónde podrían huir de su presencia? Pero, por su caída, habían contraído enemistad contra Dios: ahora odiaban y tenían miedo de conversar con Dios su Hacedor. ¿Y no es este nuestro caso por naturaleza? Seguramente lo es. Trabajamos para cubrir nuestra desnudez con las hojas de higuera de nuestra propia justicia: Nos escondemos de Dios todo el tiempo que podemos, y no vendremos, y nunca deberíamos venir, si el Padre no nos hubiera prevenido, atraído y dulcemente constreñido por su gracia, como previno aquí a Adán.

Versículo 9. "Y el Señor Dios llamó a Adán y le dijo: Adán, ¿dónde estás?"

"Jehová Dios llamó a Adán". (porque de lo contrario Adán nunca habría invocado al Señor Dios) y dijo: "Adán, ¿dónde estás? ¿Cómo es que no vienes a cumplir tus devociones como de costumbre? Cristianos, recordad que el Señor lleva una cuenta cuando dejáis de venir a adorar. Por lo tanto, cada vez que se sientan tentados a no asistir, que cada uno de ustedes imagine que escuchó al Señor llamándolos y diciendo: "Oh hombre, oh mujer, ¿dónde estás?" Puede entenderse en otro y mejor sentido; "Adán, ¿dónde estás?" ¿En qué condición está tu pobre alma?

Esto es lo primero que el Señor pide y convence a un pecador; cuando lo previene y lo llama eficazmente por su gracia; también lo llama por su nombre; porque a menos que Dios nos hable en particular, y sepamos dónde estamos, cuán pobres, cuán miserables, cuán ciegos, cuán desnudos, nunca valoraremos la redención obrada en nosotros por la muerte y la obediencia del amado Señor Jesús. "Adán, ¿dónde estás?"

Versículo 10. "Y él dijo: oí tu voz en el jardín, y tuve miedo". Mira lo cobardes que nos hace el pecado. Si no conociéramos el pecado, no deberíamos conocer el miedo. "Porque estaba desnudo y me escondí".

Versículo 11, "Y él dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del cual yo (tu Hacedor y Legislador) te ordené que no comieras?"

Dios sabía muy bien que Adán estaba desnudo y que había comido del fruto prohibido, pero Dios lo sabría por la propia boca de Adán. Así, Dios conoce todas nuestras necesidades antes de que las pidamos, pero insiste en que pidamos su gracia y confesemos nuestros pecados. Porque, por tales actos, reconocemos nuestra dependencia de Dios, nos avergonzamos y, por lo tanto, damos gloria a Su gran nombre.

Versículo 12. "Y el hombre dijo: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí".

Nunca estuvo la naturaleza más vívidamente delineada. ¡Mira qué orgullo contrajo Adán por la caída! Qué poco dispuesto está a culparse o avergonzarse a sí mismo. Esta respuesta está llena de insolencia hacia Dios, enemistad contra su esposa y falsedad con respecto a sí mismo, porque aquí tácitamente reflexiona sobre Dios. "La mujer que me diste por compañera". Tanto como decir, si no me hubieras dado a esa mujer, no habría comido del fruto prohibido. Así, cuando los hombres pecan, echan la culpa a sus pasiones; luego culpan y se vuelven contra Dios por darles esas pasiones. Su lenguaje es, "los apetitos que nos diste, nos engañaron; y por eso pecamos contra ti." Pero, no obstante, así como Dios castigó a Adán por escuchar la voz de su esposa, castigará a aquellos que escuchan los dictados de sus corruptas inclinaciones, porque Dios no obliga a ningún hombre a pecar. Adán podría haber resistido las solicitudes de su esposa, si hubiera querido. Y así, si miramos hacia Dios, debemos encontrar gracia para ayudar en el momento de necesidad. El demonio y nuestro propio corazón tientan, pero no pueden obligarnos a consentir, sin la concurrencia de nuestras propias voluntades. De modo que nuestra condenación es de nosotros mismos, como evidentemente aparecerá en el gran día, a pesar de todas las respuestas insolentes actuales de los hombres contra Dios. Así como Adán habla con insolencia respecto a Dios, así habla con enemistad contra su esposa; la mujer, o esta mujer, ella me dio. Le echa toda la culpa a ella y habla de ella con mucho desprecio. No dice, mi esposa, mi querida esposa; sino: "esta mujer".

El pecado desune los corazones más unidos: es, la ruina de la santa comunión. Los que aquí han sido compañeros de pecado, si mueren sin arrepentimiento, se odiarán y condenarán unos a otros sucesivamente. Todas las almas condenadas son acusadoras de sus hermanos. Así es, en cierto grado, de este lado de la tumba. "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí". ¡Qué discurso falso [engañoso] hubo aquí! Utiliza no menos de quince palabras para excusarse, y sólo una o dos (en el original) para confesar su culpa, si es que puede llamarse confesión. "La mujer que me diste por compañera, ella me dio del árbol", aquí hay quince palabras; "y comí." ¿Con qué desgana salen estas últimas palabras? ¿Qué tan pronto se pronuncian se pronuncian? "Y comí", pero así es con un corazón no humillado, no regenerado; será echarle la culpa al amigo más querido del mundo, es más, a Dios mismo, en lugar de avergonzarse. Este orgullo al que todos estamos sujetos por la caída; y, hasta que nuestros corazones sean quebrantados y contritos por el espíritu de nuestro Señor Jesucristo, estaremos siempre acusando a Dios de locura.

"Contra ti, y contra ti solamente he pecado, para que seas justificado en tus palabras, y limpio en tu juicio", es el lenguaje de nadie más que de aquellos que, como David, están dispuestos a confesar sus faltas, y realmente se arrepienten de sus pecados. Este no fue el caso de Adán; su corazón no fue quebrantado; y por lo tanto culpa de su desobediencia a su esposa y a Dios, y no a sí mismo; "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí".

Versículo 13. "Y dijo Jehová Dios: ¿qué es esto que has hecho?" ¡Qué maravillosa preocupación expresa Dios en esta protesta! "¿Qué diluvio de miseria has traído sobre ti, tu esposo y tu posteridad? ¿Qué es esto que has hecho? ¿Desobedeciste a tu Dios, obedeciste al diablo y arruinaste a tu esposo, para quien te hice ayuda idónea! ¿Qué es esto que has hecho? Dios aquí la despertaría a un sentido de su crimen y peligro, y, por lo tanto, como truenos en sus oídos: porque la ley debe ser predicada a los pecadores farisaicos. Debemos ocuparnos de sanar antes de ver a los pecadores heridos, no sea que digamos, paz, paz, donde no hay paz.

Los pecadores seguros deben escuchar los truenos del monte Sinaí, antes de que los llevemos al monte de Sion. Los que nunca predicán la ley, es de temer, son incapaces de comunicar las buenas nuevas del evangelio. Todo ministro debe ser un Boanerges, hijo del trueno, así como un Bernabé, hijo de la consolación. Hubo un terremoto y un torbellino, antes de que la voz suave y apacible llegara a Elías: Primero debemos mostrarle a la gente que están condenados, y luego mostrarles cómo deben ser salvados. Pero cómo y cuándo predicar la ley, y cuándo aplicar las promesas del evangelio, la sabiduría es útil para dirigir. "Y Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es esto que has hecho?" "Y la mujer dijo: La serpiente me engañó, y comí".

Ella no usa tantas palabras para excusarse, como su esposo; pero su corazón es tan humilde como el de él. ¿Qué es esto, dice Dios, que has hecho? Dios aquí la acusa de hacerlo.

Ella no se atreve a negar el hecho, o a decir, yo no lo he hecho; pero ella se quita toda la culpa y la echa sobre la serpiente; "La serpiente me engañó, y comí." Ella no dice: "Señor, yo tuve la culpa de hablar con la serpiente; Señor, hice mal, al no apresurarme a ir a mi marido, cuando me hizo la primera pregunta; Señor, me declaro culpable, solo yo tengo la culpa, ¡oh, no permitas que mi pobre esposo sufra por mi maldad!" Este habría sido el lenguaje de su corazón si ahora hubiera sido una verdadera penitente, pero ambos estaban ahora igualmente orgullosos; por tanto, ninguno se echará la culpa a sí mismo; "La serpiente me engañó, y comí. La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí."

He sido más cuidadoso al señalar esta parte de su comportamiento, porque tiende mucho a magnificar la gracia inmerecida y nos muestra claramente que la salvación viene solo del Señor. Echemos un breve vistazo a las circunstancias miserables en las que se encontraban ahora nuestros primeros padres: Estaban legal y espiritualmente muertos, hijos de la ira y herederos del infierno.

Habían comido del fruto del cual Dios les había mandado que no comieran; y cuando comparezca ante Dios, a pesar de que su crimen era tan complicado, no pudieron ser llevados a confesarlo. ¿Qué razón se puede dar para que no se pronuncie sentencia de muerte contra los presos en el bar? Todos deben reconocer que son dignos de morir. Es más, ¿cómo es posible que Dios, de acuerdo con su justicia, los perdone? Había amenazado que el día en que comieran del fruto prohibido, "ciertamente morirían"; y, si no ejecutaba esta amenaza, el diablo podría calumniar al Todopoderoso en verdad. Y, sin embargo, la misericordia clama, perdona a estos pecadores, perdona la obra de tus propias manos. He aquí, entonces, la sabiduría inventa un esquema de cómo Dios puede ser justo y, sin embargo, misericordioso; ser fiel a su amenaza, castigar la ofensa y al mismo tiempo perdonar al ofensor. ¡Aquí se abre a nuestra vista una asombrosa escena de amor divino, que había estado desde toda la eternidad escondida en el corazón de Dios! A pesar de que Adán y Eva no se humillaron de este modo y ni siquiera presentaron una sola petición de perdón, Dios inmediatamente sentencia a la serpiente y les revela un Salvador.

Versículo 14. "Y Jehová Dios dijo a la serpiente: por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias, y entre todos los animales del campo; sobre tu vientre andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida", es decir, debe estar sujeto, y su poder siempre debe ser limitado y restringido. "Sus enemigos lamerán hasta el polvo", dice el salmista. (Versículo 15). "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya: ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar".

Antes de continuar con la explicación de este versículo, no puedo dejar de notar un gran error del que es culpable el autor de todo el deber del hombre, al hacer que este versículo contenga un pacto entre Dios y Adán, como si Dios ahora tratara personalmente con Adán, como antes de la caída. Porque, hablando del segundo pacto en su prefacio, concerniente al cuidado del alma, dice: "Este segundo pacto fue hecho con Adán, y nosotros en él, actualmente después de la caída", y está brevemente contenido en estas palabras, Génesis 3:15 donde Dios declara, 'La simiente de la mujer quebrará la cabeza de la serpiente; y esto se componía, como lo fue el primero, de algunas misericordias que Dios otorgaría, y algunos deberes que cumpliríamos nosotros.' Esto es una divinidad excesivamente falsa: porque esas palabras no se le dijeron a Adán; están dirigidos sólo a la serpiente. Adán y Eva permanecieron como criminales, y Dios no pudo tratar con ellos, porque habían quebrantado su pacto. Y está tan lejos de ser un pacto en el que "algunas misericordias deben ser otorgadas por Dios, y algunos deberes deben ser realizados por nosotros", que aquí no hay una palabra que parezca de esa manera; es sólo una declaración de un don gratuito de salvación a través de Jesucristo nuestro Señor. Dios el Padre y Dios el Hijo habían entrado en un pacto concerniente a la salvación de los elegidos desde toda la eternidad, en el que Dios el Padre prometió que, si el Hijo ofrecería su alma en sacrificio por el pecado, vería su descendencia. Ahora bien, esta es una revelación abierta de este pacto secreto, y por lo tanto Dios habla en los términos más positivos: "Ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón". El primer Adán, con el que Dios había tratado antes; resultó falso: Dios, por lo tanto, para asegurar que el segundo pacto no sea roto, lo pone en las manos del segundo Adán, el Señor del cielo. Adán, después de la caída, ya no fue nuestro representante; él y Eva eran solo personas particulares, como lo somos nosotros, y solo debían aferrarse a la declaración de misericordia contenida en esta promesa por fe (como realmente lo hicieron) y por eso fueron salvos. No digo sino que debemos creer y obedecer, si somos eternamente salvos. La fe y la obediencia son condiciones, si sólo queremos decir que ellas van antes de nuestra salvación, pero niego que estas sean propuestas por Dios a Adán, o que Dios trate con él en esta promesa, como lo hizo antes de la caída bajo el pacto de obras, porque, ¿cómo podría ser eso, cuando Adán y Eva estaban ahora prisioneros en el tribunal, sin fuerza para realizar ninguna condición en absoluto? La verdad es esta: Dios, como recompensa de los sufrimientos de Cristo, prometió dar a los elegidos la fe y el arrepentimiento, para llevarlos a la vida eterna; y ambas cosas, y cada cosa necesaria para su felicidad eterna, y asegurado infaliblemente para ellos en esta promesa; como el Sr. Rastan, un excelente teólogo escocés, muestra claramente, en un libro titulado, "Una vista del pacto de gracia".

Esta no es de ninguna manera una distinción innecesaria; es un asunto de gran importancia, por falta de saber esto, la gente ha sido engañada durante tanto tiempo, se les ha enseñado que deben hacer esto y aquello, y aunque estaban bajo un pacto de obras, y luego por hacer esto, ellos deben ser salvados.

Mientras que, por el contrario, se debe enseñar a la gente que el Señor Jesús fue el segundo Adán, con quien el Padre hizo pacto por el hombre caído; Que ahora no pueden hacer nada de o por sí mismos, y, por lo tanto, deben acudir a Dios, rogándole que les dé fe, por la cual serán capacitados para aferrarse a la justicia de Cristo; y esa fe la manifestarán entonces con sus obras, por amor y gratitud al siempre bendito Jesús, su gloriosísimo Redentor, por lo que ha hecho por sus almas. Este es un esquema bíblico consistente; sin sostener esto, debemos caer en uno de esos dos malos extremos; me refiero al Antinomianismo, por un lado, o al Arminianismo por el otro: ¡de ambos que el buen Señor nos libre!

Pero prosigamos: Por la simiente de la mujer, estamos aquí para entender al Señor Jesucristo, quien, siendo Dios verdadero de Dios verdadero, fue, para nosotros los hombres y nuestra salvación, para tener un cuerpo preparado para él por el Espíritu Santo, y nacer de una mujer que nunca conoció varón, y por Su obediencia y muerte hacer expiación por la transgresión del hombre, y traer una justicia eterna, obrar en ellos una nueva naturaleza, y por lo tanto herir la cabeza de la serpiente, es decir, destruir su poder y dominio sobre ellos. Por simiente de la serpiente, debemos entender al diablo y a todos sus hijos, a quienes Dios les permite tentar y zarandear a sus hijos. Pero, bendito sea Dios, no puede llegar más allá de nuestro talón.

Es de dudar, pero Adán y Eva entendieron esta promesa en este sentido; pues es claro que en la última parte del capítulo se instituyeron los sacrificios. ¿De dónde han de venir esas pieles, sino de animales muertos para el sacrificio, de los cuales Dios les hizo túnicas? Encontramos a Abel, así como a Caín, ofreciendo sacrificio en el próximo capítulo: y el Apóstol nos dice, lo hizo por fe, sin duda en esta promesa, y Eva, cuando nació Caín, dijo: "He adquirido un hombre del Señor", o, (como el Sr. Henry observa, puede traducirse): "He conseguido un hombre, el Señor, el Mesías prometido".

Algunos suponen además que Eva fue la primera creyente; y por eso lo traducen así, "La simiente, (no de la, si no) de esta mujer", lo cual magnifica tanto más la gracia de Dios, que ella, que fue la primera en la transgresión, sea la primera participante de redención. Adán también creyó, y fue salvo; porque el Señor Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió, lo cual era un tipo notable de que estaban vestidos con la justicia de nuestro Señor Jesucristo.

Esta promesa se cumplió literalmente en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Satanás lo hirió en el calcañar, cuando lo tentó durante cuarenta días en el desierto, lo hirió en el calcañar, cuando levantó una fuerte persecución contra él durante el tiempo de su ministerio público, lo hirió de manera especial en el calcañar, cuando nuestro Señor se quejó de que su alma estaba muy triste, hasta la muerte, y sudaba grandes gotas de sangre que caían sobre la tierra, en el jardín; lo hirió en el calcañar cuando lo metió en el corazón de Judas para que lo entregara; y lo hirió aún más cuando sus emisarios lo clavaron a un madero maldito, y nuestro Señor clamó: "¡Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?" Sin embargo, en todo esto, el bendito Jesús, la simiente de la mujer, hirió la cabeza maldita de Satanás; porque siendo tentado, podía socorrer a los que son tentados, por sus llagas somos sanados. El castigo de nuestra paz fue sobre él. Al morir, destruyó el que tenía el poder de la muerte, esto es, el diablo. Así despojó a los principados y potestades, y los exhibió abiertamente, triunfando sobre ellos en la cruz. Esta promesa se ha cumplido en los elegidos de Dios, considerados colectivamente, tanto antes como desde la venida de nuestro Señor en la carne: porque ellos pueden ser llamados, la simiente de la mujer. No te maravilles de que todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, deben sufrir persecución. En esta promesa, hay una enemistad eterna entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente; de modo que los que nacen según la carne, no pueden sino perseguir a los que nacen según el espíritu. Esta enemistad se mostró, poco después de que esta promesa fuera revelada, cuando Caín hirió el calcañar de Abel: continuó en la iglesia a través de todas las edades antes de que Cristo viniera en carne, como la historia de la Biblia y el capítulo 11 de Hebreos muestran claramente. Se enfureció sobremanera después de la ascensión de nuestro Señor; atestiguan los Hechos de los Apóstoles y la Historia de los cristianos primitivos. Ahora ruge, y continuará rugiendo y mostrándose, en mayor o menor grado, hasta el fin de los tiempos, pero que esto no nos desanime; porque en todo esto, la simiente de la mujer es más que vencedora, y hiere la cabeza de la serpiente. Así los israelitas, cuanto más eran oprimidos, más aumentaban. Así fue con los Apóstoles; así fue con sus seguidores inmediatos. De modo que Tertuliano compara la iglesia en su tiempo con un campo segado; cuanto más frecuentemente se corta, más crece. La sangre de los mártires fue siempre la semilla de la iglesia, y a menudo me he sentado con asombro y deleite, y he admirado cómo Dios ha hecho que los mismos esquemas que sus enemigos idearon para obstaculizar, se conviertan en los medios más eficaces para propagar su evangelio. El diablo ha tenido tan poco éxito en la persecución, que, si yo no supiera que él y sus hijos, según este versículo, no pueden dejar de perseguir, pensaría que consideraría su fuerza para quedarse quieto. ¿Qué consiguió persiguiendo a los mártires en tiempos de la reina María? ¿No fue la gracia de Dios sumamente glorificada en su apoyo? ¿Qué consiguió persiguiendo a los buenos puritanos? ¿No demostró el poblamiento de Nueva Inglaterra? O, para aproximarnos a nuestros tiempos, ¿qué ha conseguido sacándonos de las sinagogas? ¿No ha prevalecido poderosamente la palabra de Dios desde entonces? Mis queridos oyentes, deben disculparme por extenderme en este punto; Dios llena mi alma en general, cuando llego a este tema.

Puedo decir con Lutero: "Si no fuera por la persecución, no entendería las Escrituras". Si se permitiera a Satanás que me magullara aún más el calcañar, y sus siervos me metieran en la cárcel, no lo dudo, pero incluso eso sólo tendería a herir más eficazmente su cabeza. Recuerdo unas palabras del entonces Lord Canciller al piadoso Bradford: "Has hecho más daño, dijo él, con tus exhortaciones en privado en la prisión, que con la predicación antes de que te encarcelaran", o palabras por el estilo. La promesa del texto es mi apoyo diario: "Pondré enemistad entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar".

Además, esta promesa también se cumple, no sólo en la iglesia en general, sino en cada creyente en particular. En todo creyente hay dos simientes, la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente; la carne codiciando contra el espíritu, y el espíritu contra la carne. Es con el creyente, cuando vivificado con gracia en su corazón, como fue con Rebeca, cuando ella había concebido a Esaú y Jacob en su vientre; sintió una lucha y comenzó a sentirse inquieta; "Si es así dice ella, ¿por qué estoy así?" (Gén. 25:22) Así la gracia y la naturaleza luchan (si se me permite hablar así) en el seno del corazón de un creyente, pero, como estaba allí dicho, "El mayor servirá al menor;" así es aquí, la gracia al final obtendrá lo mejor de la naturaleza; la simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente.

Muchos de ustedes que han creído en Cristo, tal vez encuentren alguna corrupción particular pero fuerte, tan fuerte, que a veces estén listos para clamar con David: "Un día caeré por la mano de Saúl". Pero no temas, la promesa en el texto asegura la perseverancia y la victoria de los creyentes sobre el pecado, Satanás, la muerte y el infierno. ¿Qué pasa si la corrupción que mora en ustedes aún permanece, y la simiente de la serpiente les hiere en el calcañar, afligiendo y perturbando sus almas justas? No temas, aunque desmayes, pero persigue; aún herirás la cabeza de la serpiente. Cristo ha muerto por vosotros, y aún un poco de tiempo, y él enviará la muerte para destruir el mismo ser de pecado en vosotros. Lo que me lleva a mostrar la manera más extensa en que se cumplirá la promesa del texto, en el juicio final, cuando el Señor Jesús presente a su Padre a los elegidos, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, glorificados en cuerpo y alma.

Entonces la simiente de la mujer dará el último y fatal golpe, al herir la cabeza de la serpiente. Satanás, el acusador de los hermanos, y toda su simiente maldita, serán entonces expulsados, y nunca más se permitirá perturbar a la simiente de la mujer. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre, y se sentarán con Cristo en tronos con majestad en las alturas.

No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque cosecharemos una cosecha eterna de consuelo, si no desmayamos. Atrévanse, atrévanse, mis queridos hermanos en Cristo, a seguir al Capitán de vuestra salvación, que se perfeccionó a través de los sufrimientos.

La simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente. No temáis a los hombres, no os desaniméis demasiado por el engaño de vuestros corazones, no temáis a los demonios; obtendrás la victoria incluso sobre ellos. El Señor Jesús se ha comprometido a hacerlos más que vencedores sobre todo. Ruega con tu Salvador, suplica, suplica la promesa en el tabernáculo. Luchad, luchad con Dios en oración. Si os ha sido dado para creer, no temáis si también os ha sido dado para sufrir. Ningún sabio se aterrorice ante sus adversarios; el rey de la iglesia los tiene a todos encadenados: sean amables con ellos, oren por ellos; pero no los temáis. El Señor aún traerá de vuelta su arca; aunque en la actualidad conducido al desierto; y Satanás como un rayo caerá del cielo.

¿Hay enemigos de Dios aquí? La promesa del texto me anima a desafiarlos: la simiente de la mujer, el siempre bendito Jesús, herirá la cabeza de la serpiente. ¿Qué significa toda tu malicia? No sois más que olas embravecidas del mar, echando espuma por vuestra propia vergüenza. Para ti, sin arrepentimiento, está reservada para siempre la negrura de las tinieblas. El Señor Jesús se sienta en el cielo, gobierna sobre todo y hace que todas las cosas obren para el bien de sus hijos, se ríe de ti con desdén, te tiene en el mayor escarnio, y por lo tanto yo también. ¿Quién eres tú que persigues a los hijos del siempre bendito Dios? Aunque sea un pobre muchacho, el Señor Jesús, la simiente de la mujer, me permitirá herir vuestras cabezas.

Hermanos míos en Cristo, creo que no hablo así en mi propia fuerza, sino en la fuerza de mi Redentor. sé en quién he creído; estoy seguro de que guardará a salvo lo que le he confiado. Fiel es el que prometió que la simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente. Que todos experimentemos un cumplimiento diario de esta promesa, tanto en la iglesia como en nuestros corazones, hasta que lleguemos a la iglesia de los primogénitos, los espíritus de los hombres justos hechos perfectos, en la presencia y el fruto real del gran Dios, ¡nuestro Padre celestial! A quien, con el Hijo y el Espíritu Santo, sea atribuido todo honor, poder, fuerza, majestad y dominio, ahora y por los siglos de los siglos. Amén.